



Alberto

**EL CID DE LA ESCULTURA
ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA**

A don Rodrigo Díaz, el de Vivar, le llamaron los moros españoles Cid, que quiere decir batallador. El Cid ganó batallas después de muerto también. Batallador y ganando combates cuando el héroe había muerto ya, igual que Alberto.

En una cosa importante no es igual, en la nombradía, en la fama popular. Alberto es un desconocido, lo ha sido para casi todos hasta hace muy pocos meses y seguramente no llegará a tener la fama multitudinaria de otros contemporáneos suyos, lo cual no deja de ser injusto puesto que se trata de uno de los escultores más considerables del arte contemporáneo español. Suele ser cierto con bastante exactitud que en arte apenas hay genios ignorados, pero en este caso de Alberto el problema es el de una gran personalidad artística desconocida por una serie de circunstancias vitales determinantes. Y antes de pasar a estudiar y valorar su obra queremos dar unos cuantos rasgos humanos del hombre y del artista, porque ellos ayudan a comprenderlo aún mejor.

UN PALETO DE TOLEDO

Contemplemos las fotografías de Alberto, el autorretrato que él se hizo. Es una especie de cabeza vasca, con gran entrecejo fruncido, surcos profundos en las mejillas, mentón voluntario, labios sensuales, mirada

fija de miope de iluminado. Con su boina que apenas tapa algo de calva, es la cabeza típica de un labriego, pero también pudiera ser la de un filósofo, la de un poeta y la de un profesor. De todo ello tuvo Alberto. Su padre fue labriego y más tarde panadero; su madre había sido sirvienta. A los siete años Alberto guardaba puercos, más tarde ayudaba en la tahona del padre y repartía el pan por las calles de Toledo, en donde había nacido y en donde vivía la familia. También fue aprendiz de herrero hasta que el fuego de la fragua enfermó su vista, más tarde aprendió el oficio de zapatero y luego escayolista en el taller de un decorador.

En 1917 Alberto es destinado a Melilla para hacer el Servicio Militar, tiene entonces 22 años y apenas sabe leer ni escribir. Es durante el servicio en África cuando se aficiona a dibujar y hace sus primeras experiencias escultóricas. De regreso a Madrid, ya licenciado, dibuja intensamente estampas costumbristas que tienen un indudable eco de Robledano.

1922 es año decisivo para Alberto, en un café de la calle de Atocha conoce al pintor uruguayo Rafael Barradas, al que el escultor reconocerá como su maestro en iniciación artística. Barradas lo pone al corriente de los movimientos artísticos universales y juntos inician una verdadera renovación plástica. Por Barradas, expone Alberto en la Exposición Nacional de Artistas Ibéricos, año 1925, que dio a conocer en Madrid a Dalí, Palencia, Cossío, etc., los cuales exponían junto a otros ya conocidos co-

mo Solana, Ferrant, Macho, Echevarría, etc. Gracias al éxito obtenido en esta primera exposición, Alberto obtiene una beca de la Diputación de Toledo para poder estudiar durante tres años, o sea que tiene 31 años cuando comienza su vida artística profesional.

FUNDACION DE LA "ESCUELA DE VALLECAS"

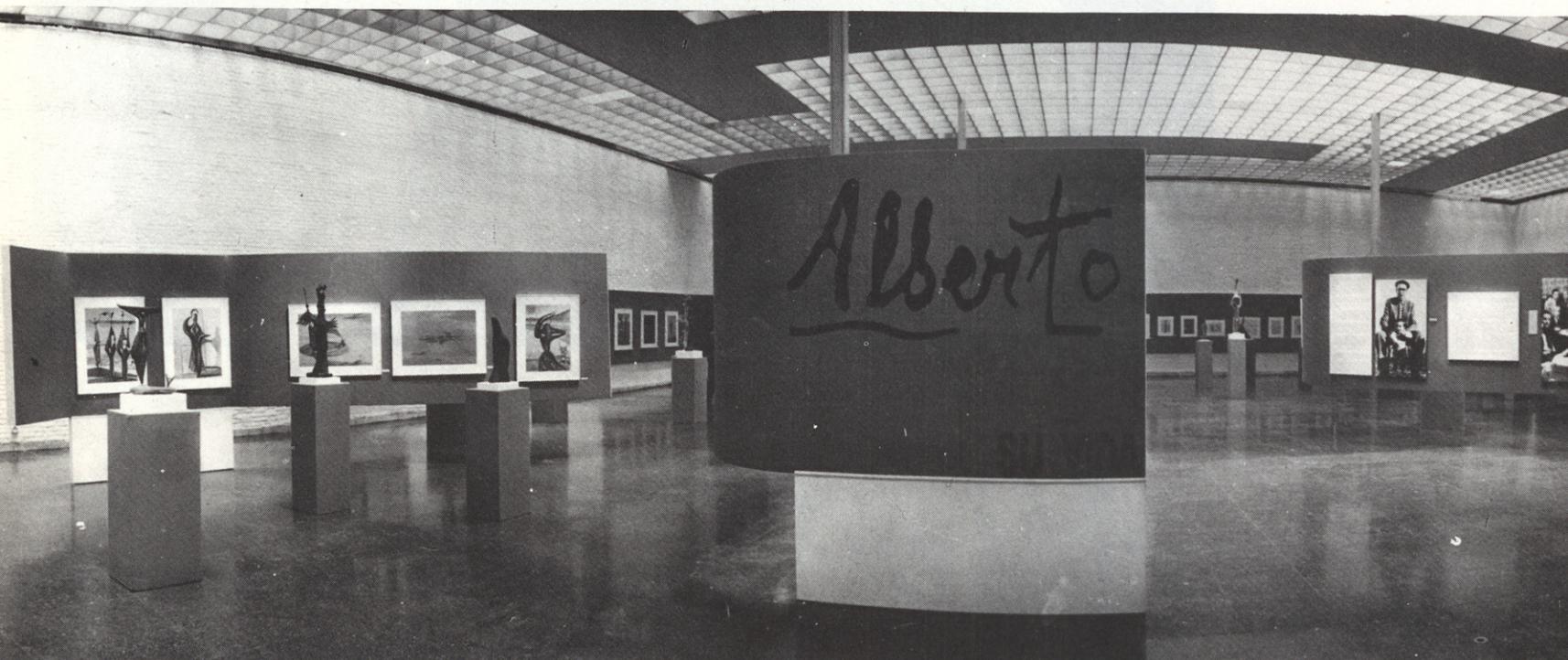
Cuando todos pensaban que con el producto de la beca toledana Alberto tomaría el camino de París, como habían hecho otros muchos artistas de su tiempo antes que él, lo que hace es fundar la "Escuela de Vallecas" en compañía del pintor Benjamín Palencia. El propósito era: "Levantar un nuevo arte nacional", "Palencia y yo quedamos en Madrid con el deliberado propósito de poner en pie el nuevo arte nacional, que compitiéramos con el de París". "Queríamos llegar a la sobriedad y la sencillez que nos trasmítian las tierras de Castilla". "En contraste con el mundo desgarrado de la ciudad, los campos abiertos de Vallecas me llenaban de felicidad. Yo deseaba que todos los hombres de la tierra disfrutaran esta emoción que me causaba el campo abierto".

Estos años de la "Escuela de Vallecas", 1926 y siguientes, son de gran actividad para Alberto, el cual es artista muy proteico y en muchos aspectos de genio similar al de Picasso en cuanto a investigador de formas y cambio constante de objetivos.

No hay que olvidar que cuando Alberto escribía todas sus frases transcritas se encontraba en pleno florecimiento la generación de poetas del 27, que agrupó cerca de dos docenas de poetas de altísima calidad los cuales se manifestaban con nuevos medios de expresión que oscilaban desde el creacionismo al nuevo popularismo. Buena prueba de lo atento que estaba Alberto a estos movimientos poéticos es el proyecto de monumento a Góngora que realizó por aquellos años.

"EL PUEBLO ESPAÑOL TIENE UN CAMINO QUE CONDUCE A UNA ESTRELLA"

Alberto, militó en el campo de la República en aquellos años de crisis nacional. En el pabellón oficial de España en la Exposición Internacional de París de 1937 se presentaron obras de grandes españoles de aquellos y de estos años. La parte arquitectónica del pabellón fue obra de Luis Lacasa y de José Luis Sert; Picasso pintó la gran composición "La destrucción de Guernica", uno de los alegatos contra la guerra más dramáticos de todos los tiempos; Miró hizo una gran pintura mural, Julio González presentó su escultura en chapa metálica "la Montserrat" y el escultor norteamericano Calder proyectó una fuente por la que corría, en vez de agua, mercurio de Almadén. Por cierto, que cuando le preguntaban a Calder cómo



Otra característica de Alberto es su gran sentido poético. Siempre hemos creído que sólo por vía de la poesía se pueden explicar las artes plásticas, Alberto también lo creyó así y en los textos que publicó en la revista "Arte" en junio de 1933 dejó buena prueba de ese sentido poético a que aludimos. Cuando Alberto escribía sobre su escultura dice cosas como las siguientes: "Que de aquí en adelante no sea más que un terrón de castellanas tierras", "Esculturas de los troncos de los árboles descorzados del restregar de los toros, entre cuerpos de madera blanca como huesos de animales antídiluvianos, arrastrados por los ríos de tierras rojas y figuras como palos que andan envueltos en mantas pardas de Béjar..."

A veces, Alberto es tan inconcreto en su poética prosa como cuando escribe: "Quisiera dar a mis formas lo que se ve a las cinco de la mañana en campos de retama que cubre a los hombres con sus frutos amarillos de limón candealizado y endurecido...". "Una plástica vista y gozada en los cerros solitarios, con olores, colores y sonidos castellanos, que se dan los 365 días del año, con troncos de olivos como hueso azul-blanco de metal enmohecido y empavonado, con astillas arrancadas de sus troncos por las furias del tiempo...". "Esculturas plásticas, con calidades de pájaros, que anuncian el amanecer con sonidos húmedos de rocío y nubes largas, aceradas, sobre las nieblas del espacio...". "Formas hechas por el agua y el viento en las piedras que bien equilibradas se quedaron solas, a lomos de los cerros rayados y excrementados por las garras y picos de pájaros grandes. Formas de vibraciones de hojas de cañas a las orillas de los ríos...".

era que siendo él norteamericano figurase en el pabellón de España, contestaba el escultor con su gracia y su sorna habitual: "Bueno, yo en realidad soy medio español, no olvide que soy Calder, que es la mitad de Calder - on".

En aquel pabellón, la parte más importante de escultura la constituyó un esbelto monolito de 12 metros y medio de altura que tenía por título el poético nombre de: "El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella". No hay que aclarar que el autor de aquella escultura era Alberto. O sea que, ya en 1937, Alberto era una figura similar en categoría estética a Picasso, Miró, Sert, González, etc. ¿Qué pasó después para que Alberto sea hoy prácticamente desconocido en todo el mundo artístico internacional? ¿Qué ocurrió para que su nombre no figure en ninguna de las antologías internacionales de la escultura contemporánea?

Pues pasaron dos cosas, principalmente, aparte de la peculiar manera de ser de Alberto: una de ellas fue la Guerra Civil española que trastocó toda la vida del país y, la otra, la marcha de Alberto a Moscú en 1938 como profesor de dibujo de los niños españoles llevados a la URSS.

AÑOS DE SILENCIO EN EL OTRO EXTREMO

El audaz, el íntegro, el revolucionario escultor poco podía hacer en el asfixiante clima artístico dictado por Stalin y demás dirigentes ideológicos.

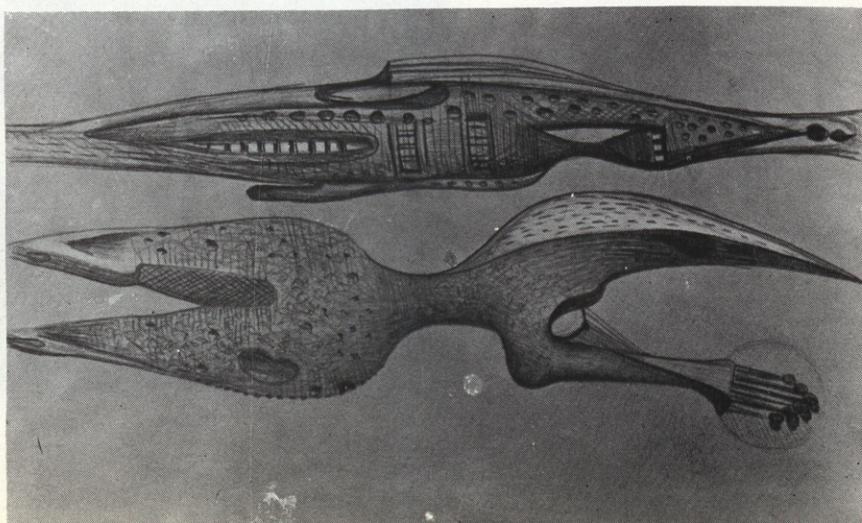


Dragón chino 1958-1962



Proyecto para una escultura 1958-1962

Toro 1958-1962



cos del comunismo doctrinal, que sólo admiten como expresión artística el realismo más convencional. Alberto era un artista nato, un artista hirsuto, nacido como nacen los cardos en la llanura castellana: nadie sabe por qué. Su aportación a la escultura contemporánea provenía desde el campo de la más pura creatividad, de la más radical innovación. El clima oficial artístico de la Rusia de Stalin no era el más propicio para que Alberto siguiese produciendo.

A este respecto es curioso anotar, que dos de los más intransigentes tiranos conocidos por la humanidad, Hitler y Stalin, consideraban a todo el arte moderno que no fuese edulcorado figurativismo como "arte degenerado". Idénticas "purgas artísticas" hubo en Berlín que en Moscú, sin tener en cuenta a todos los grandes creadores que habían nacido en Alemania y en las tierras rusas. ¿Qué podía hacer Alberto con su investigación de nuevas formas, de nuevas expresiones escultóricas? Nada, absolutamente nada.

Entre los numerosos trabajos que Alberto había realizado en su vida estaban unos decorados, pintados en 1931, para el teatro universitario "La Barraca" que dirigió García Lorca. En Moscú tuvo que volver a pintar decorados, figurines y carteles para el teatro, este fue su refugio artístico al no poder desarrollar la labor escultórica para la que estaba llamado. Su creación escultórica permaneció dormida durante bastantes años, esperando la ocasión propicia, que se presenta con la muerte de Stalin y la condena del estalinismo por sus propios colaboradores, lo que produjo un cierto respiro de libertad artística. Alberto lo aprovechó y, desde el año 1955 hasta el 1962 (en el que falleció), trabajó febrilmente realizando 49 esculturas, a un promedio de más de nueve por año.

Alberto tenía prisa, urgencia, de hacer su obra, tantas veces demorada, tantas veces destruida en lo realizado. En esos cinco y pico años de Moscú realizó más esculturas que en el resto de su vida y las realizó conforme se le ocurrían, sin una rigurosa línea estilística, viéndose a ser todas ellas como un resumen de todas las posibilidades que le habían asaltado durante su vida artística. Alberto ha sido como un campo en cuya entraña dormían semillas que tardaron muchísimo en germinar. La obra que recomienza en 1955 es la que debería haber llevado a cabo en 1938 y años sucesivos. Los barbechos artísticos de Alberto han sido demasiado pro-

longados y no porque el artista se sintiese agotado en su creación, sino por causas externas totalmente ajenas a su voluntad. El invierno ruso, con su rigurosidad, fue como el frío para los granos de cereal depositados en la tierra arada. Alberto fue extremista en todo, no sólo en su absoluta manera de entender el arte. De España a Rusia, de extremo a extremo de Europa, despreciando las grandes metrópolis del arte en las que se fabrican las famas y las fortunas artísticas igual que los productos industriales.

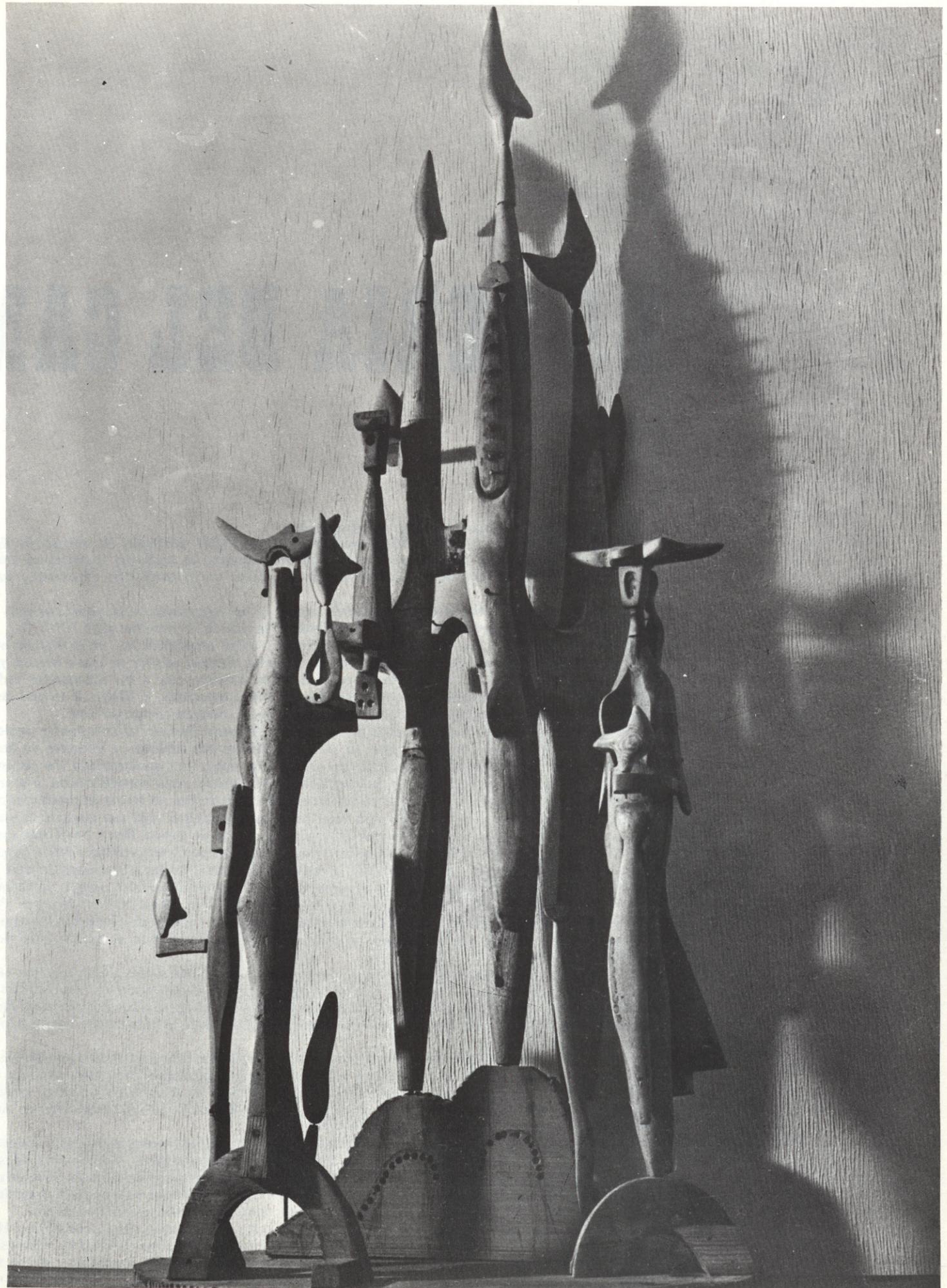
Soñador nato: "Estoy haciendo un monumento para la plaza...". "He hecho una fuente para el parque...". Y cuando alguien le preguntaba si le habían encargado esos monumentos, esas fuentes, siempre contestaba lo mismo: "No, no me han encargado nada, pero yo lo hago". Así era Alberto, un ser íntegro, elemental, dominado por dos pasiones: la de crear y la de volver un día a España, tan lejana de su cuerpo y tan cercana de su corazón.

Ahora ha vuelto con todos los honores, al Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, en el que se exhiben, en una bien montada exposición, todas sus esculturas que se han podido reunir, todos sus dibujos, todas las maquetas de lo que deberían haber crecido seis o siete veces más hasta convertirse en monumentos. "Ha sido una de las emociones más grandes de mi vida, ver aquí las obras de Alberto en una exposición que ni él mismo se hubiese atrevido nunca a imaginar". Clara Sancha, la viuda del escultor, no puede ocultar un temblor en la voz cuando pasea sus ojos por esta exposición, que recomendamos a todos los que de verdad sientan curiosidad por el arte nuevo.

Al hablar de Alberto no puede hablarse de artista malogrado, no lo fue, mejor podríamos decir artista limitado, limitado por su propia circunstancia vital. El mar tiene límites pero no por eso deja de ser inmenso, variado y sugestivo en todo momento.

Por fortuna, la última obra de Alberto no se ha desperdigado, permanece en poder de su familia y es el propósito de ésta que forme un Museo en el Toledo que el escultor tanto amó. Sería el mejor de los homenajes y el complemento de arte contemporáneo del que Toledo carece. El panadero, el herrero ignorado de las cuestas toledanas, volvería igual que El Cid: ganando la más definitiva de las batallas.





Monumento a la
paz 1958-1962